

SALA 5: COMPRAS, LEGADOS, DONACIONES ... Joaquín y Alejandro Guichot

Alejandro Guichot y Sierra (1859-1941) : *El Sábado de Gloria y el Judas en Sevilla (Costumbres y fiestas tradicionales.* – [S.n., s.l., ca. 1897]. – 18 p.; 21 cm. – Extracto de: *Archivio per le tradizioni popolari*, vol. XVI, Palermo, Cirlo Clausen, 1897.

[Libro completo](#)

BUS A Guichot 1030bis(05) (Encuadernado en holandesa, piel y cartón, con otras obras, formando un volumen facticio).

La intuición, sabiduría y buen hacer del folklorista que fue Alejandro Guichot se encierran en este artículo. La elección del tema es el primero de sus aciertos: del notable fenómeno folklórico que supone la Semana Santa sevillana, el autor investigó las tradiciones vinculadas al Sábado de Gloria, hoy desaparecidas (no así en otros lugares de España y, sobre todo, México), dejando de lado el espectacular atractivo de los desfiles procesionales, vigentes en la actualidad. Vincula los ritos y costumbres católicos para celebrar la muerte y resurrección de Cristo con tradiciones orientales vinculadas a la renovación primaveral (Osiris, Baco, Adonis, Mithra). Describe con claridad y precisión las manifestaciones figurativas y silenciosas de duelo, dentro y fuera de los templos, así como la expectación popular esperando que sean las diez de la mañana del Sábado de Gloria, momento final del luto y, en consecuencia, explosión de alegría, repiques de campana, músicas y otras manifestaciones festivas que el autor seguirá detallando. Costumbres como la de la figura de siete pies de la *Cuaresma*, a la que se va cortando (o doblando) un pie cada semana, hasta el séptimo: el Sábado de Gloria, o la del consumo de “aceitosos hornazos” y de “tradicionales empanadas de Marchena”. Se describen especialmente dos tradiciones del barrio popular de San Bernardo: el Rastro y los Judas. El Rastro era un mercado, situado, antes de la llegada del ferrocarril, entre el antiguo matadero y la Puerta de la Carne y, luego, en la acera opuesta y paralela al paseo de Doña Catalina de Ribera, que comenzaba a las diez del Sábado de gloria y se prolongaba durante tres días. En él “... se compran carneros y chivos destinados al recreo de los niños”, pero también se sacrificaban (vulgo: *degollación de los inocentes*) estos mismos animales para el consumo de esos días festivos; había un Tío vivo, tiros de flecha, tómbola, puestos de venta de avellanas y alfajores, o barracas de vino y aguardiente. También comenzaban a las diez los rituales relativos a los Judas. Estos eran muñecos de tamaño natural, elaborados con ropas viejas rellenas de paja cubiertos con una máscara, y que llevaban en su mano derecha una bolsa figurando la de las 30 monedas (único recuerdo a la figura evangélica). Con sombrero de hongo, si era un Judas señorito, o de la ancha, si era popular. A veces daban a los muñecos el aspecto de personajes señalados durante ese año, principalmente políticos, para ridiculizarlos. Antes de las nueve del Sábado se tendían cuerdas de lado a lado de la calle haciendo colgar, bamboleantes, los muñecos a cuatro o cinco metros de altura. Muchachos con palos y cañas largas iban cantando coplas invitando a matar al judas. Algunos llevaban escopetas. Con los repiques de las diez de la mañana comenzaban, entre gritos y disparos, los ataques a los Judas; hasta que, finalmente, estos caían y acababan de ser destrozados. Terminaba la fiesta reuniendo los restos en un montón al que se prendía fuego, candela que se saltaba y pisoteaba hasta su consumición total: “Así concluye la fiesta del Judas, cuya oportunidad y cultura son discutibles. Sin embargo, tal vez deje en el corazón de los niños, repitiéndose anualmente, un sentimiento de desprecio y censura hacia el traidor, el alevoso, el hipócrita. Si es así, mucho se gana.”

Francisco Javier Cornejo Vega